

Vive el misterio del **Reino**

Hazlo presente en tu corazón,
en el corazón de los hombres
y en la sociedad



REGNUM
CHRISTI

Este ensayo busca profundizar en el misterio del Reino de Cristo para vivir mejor nuestra identidad como miembros del Regnum Christi. Es parte de un proyecto del *área de vida y misión del Regnum Christi* de la Dirección General, para impulsar el conocimiento profundo y la asimilación cordial del carisma a partir de los Estatutos como camino de renovación espiritual y apostólica. Además de la producción de contenidos, como este ensayo, se buscará ofrecer jornadas de profundización y otras herramientas que puedan ser de apoyo a nivel territorial y local.

En un primer ensayo, publicado para la fiesta de Cristo Rey del 2019, se trató el tema “vivir y hacer presente el misterio de Cristo” con la mirada puesta en Cristo Apóstol que “sale al encuentro de las personas, les revela el amor corazón, las reúne y forma como apóstoles, líderes cristianos, las envía y acompaña para que colaboren en la evangelización de los hombres y de la sociedad” (EFRC 8). Con este segundo ensayo queremos enfocarnos en lo que movía a Cristo a salir al encuentro y formar apóstoles: la instauración del “Reino de Dios”. Como miembros del Regnum Christi queremos colaborar con Cristo para que este Reino se haga presente “en el corazón de los hombres y en la sociedad” (EFRC 7).

Índice

Presentación	5
I. El misterio del Reino en Jesús	8
• El Reino de Dios como promesa al pueblo elegido	8
• Con su vida, muerte y resurrección Jesús anuncia y hace presente el misterio del Reino	10
• Jesucristo mismo es el Reino de Dios	14
• Ya pero todavía no	16
II. El misterio del Reino en mí y a través de mí	19
• El Reino en mi corazón	20
• Ayudar a otros a descubrir el don del Reino	26
• Hacer presente el Reino en la sociedad	31
Conclusión	37
Recursos complementarios	39
• I. Pistas para la reflexión y oración personal sobre el Reino	41
• II. Descubrir el Reino en comunidad	45

Presentación

El nombre de nuestra familia espiritual, Regnum Christi, significa Reino de Cristo. «Buscamos dar gloria a Dios y hacer presente el Reino de Cristo en el corazón de los hombres y de la sociedad» (EFRC 7). Nuestro lema *Cristo Rey Nuestro, ¡Venga tu Reino!* expresa el anhelo de vivir, testimoniar y anunciar el Reino de Cristo (cf. EFRC 13).

Este Reino es el deseo de Dios para el hombre; la realización de nuestra verdadera identidad de hijos y hermanos amados, creados para la felicidad.

Por nuestra parte vivimos en una tensión permanente entre los deseos de nuestro corazón y la realidad. Sentimos una sed profunda de ser verdaderamente amados y conocidos, de pertenecer a una familia y con frecuencia nos topamos con el anonimato, el rechazo y la soledad. Queremos ser nosotros mismos y nos encontramos escondiéndonos detrás de máscaras por miedo a no valer. Queremos ser libres, y a veces nos vemos esclavizados. Tememos la posibilidad de estar enfermos, de ser débiles, de *no poder*. Todos queremos una vida plena y auténtica, y a veces experimentamos una sensación de fragmentación, de sinsentido, de caducidad.

¿Tiene Dios realmente algo que decir a este mundo en el que vivimos, en esta situación existencial?

No solo tiene *algo que decirnos*, sino que nos dice su palabra: Cristo. En Él Dios mismo se hace presente, aquí y ahora. Sale al encuentro de nuestra sed, de la nostalgia que sentimos de su presencia.

Cuando Jesús anunciaba: *¡El Reino de Dios está cerca! Convertíos y creed en el evangelio* (Mc 1,15), su propio corazón rebosaba del deseo que tiene el Padre de que todos los hombres acojan la salvación, la vida y la libertad a la que desde siempre nos ha destinado.



*En mi vida cotidiana
¿puedo detectar
los deseos de vida y
libertad que laten en
mi corazón? ¿cómo
se expresan? ¿cómo
busco saciarlos? ¿de
qué está sediento mi
corazón?*



Durante su vida terrena, lo que movía a Cristo a salir al encuentro de las personas, a manifestarles su amor, reunirlos, formarlos como apóstoles, enviarlos y acompañarlos (EFRC 8), era precisamente el deseo de *hacer presente el Reino de Dios*.

Decir *¡Venga tu Reino!* expresa el anhelo de salvación, de amor, de vida y de libertad que late en el fondo de todo corazón humano y en el Corazón de Dios.

Este ensayo busca iluminar el misterio del Reino que nos convoca en el Regnum Christi. El texto quiere ayudarnos a descubrir que el misterio del Reino es capaz de saciar los anhelos más profundos de nuestro ser y ofrece pistas sobre cómo podemos colaborar para que otros también lo descubran y acojan.

La primera parte del ensayo presenta el misterio del Reino desde la perspectiva de Jesús y de sus primeros oyentes; la segunda ofrece reflexiones

sobre cómo Cristo puede hoy reinar en nuestro corazón, en el corazón de los demás y en el seno de la sociedad. En este ensayo se desentrañan los fundamentos evangélicos de nuestra misión, que son comunes a toda la Iglesia y por ello son condición necesaria para que cualquier actividad apostólica sea fecunda. Los aspectos más específicos de la misión del Regnum Christi y los principios de acción apostólica permean este texto, pero por su importancia, serán objeto de un ensayo propio.

El misterio del Reino tiene hoy el mismo poder transformador, la misma actualidad y belleza que tuvo hace dos mil años. Está tan cerca hoy como el domingo de la Resurrección de Jesucristo, tan dentro de nosotros como en el primer Pentecostés.

Vale la pena descubrir el Reino de Cristo en el evangelio y en nuestra vida.

I. El misterio del Reino en Jesús

El Reino de Dios como promesa al pueblo elegido

Cuando los judíos en tiempos de Jesús oían hablar del Reino de Dios tenían en mente todas las promesas que el Señor había hecho a su pueblo. De acuerdo con la fe de Israel, el Señor Dios es Rey del Universo y ninguna potestad terrena ni celestial puede compararse al único Dios, creador del cielo y de la tierra¹. La creación entera, en realidad, pertenece al Señor. Al comienzo de los tiempos la creación visible había sido su Reino, su jardín, el paraíso donde todo —cielo y tierra, agua y tierra firme, plantas, animales y el hombre— estaba en armonía con el Amor Divino.

A causa del pecado, el mundo había dejado de ser plenamente Reino de Dios, y estaba sometido al poder del mal y de la muerte. Pero el Señor hizo diversas alianzas con el pueblo de Israel. Salió al encuentro de Abrahán, lo invitó a caminar en su presencia y le prometió que le daría una tierra y que sus descendientes, más numerosos que las estrellas del cielo y las arenas del mar, la habitarían en paz.

¹ *Sal* 93,1; 96,10; 97,1; 99,1; *Is* 43,15.



Cuando el pueblo de Israel, a causa de sus infidelidades a la alianza, se encontraba esclavo en tierra extranjera, el Señor se mostró fiel a sus promesas hechas a Abrahán, Isaac y Jacob, revelándose como el Dios vivo que ve la opresión de su pueblo, oye sus quejas, conoce sus sufrimientos (cf. Ex 3,7) y acude a liberarlo con mano poderosa. Su poder se manifiesta en la capacidad de renovar la alianza, darles una tierra y a hacer de ellos un Reino (cf. Ex 19,3). El Señor quería reinar en su pueblo y a través de él manifestar su gloria a todas las naciones, para que estas también lo reconociesen como único soberano y en Él hallasen la felicidad.

La fe del pueblo elegido en que Dios cumpliría sus promesas fue puesta a prueba muchas veces, y otras tantas veces se vio confirmada por las intervenciones del Señor de la historia para salvar a su pueblo.

Todo el Antiguo Testamento vibra con una conmovedora tensión entre el deseo ardiente y la firme esperanza del Reino definitivo. Los judíos anhelaban y esperaban la liberación definitiva de la esclavitud, la vuelta definitiva del exilio, la restauración de la unidad del pueblo de Dios.

El Señor había prometido ser Él mismo el pastor, Él mismo el rey, Él mismo el esposo. Había prometido que volvería a habitar en medio de su pueblo, que su gloria llenaría de nuevo el templo. El Mesías, llamado también Hijo de David e Hijo del Hombre, tenía que venir para preparar al pueblo

En mi propia historia personal ¿he vivido momentos en los que mi fe se ha visto a prueba?

Leyendo la Escritura ¿hay algún pasaje del Antiguo

Testamento que, de algún modo, refleje una situación de prueba semejante a la que yo he vivido?

¿qué ha confirmado y fortalecido la fe del pueblo de Israel? ¿y la mía?



al cumplimiento definitivo de la promesa. Dios lo había prometido y lo iba a cumplir.

Con su vida, muerte y resurrección Jesús anuncia y hace presente el misterio del Reino

Para quienes oían a Jesús, la enseñanza del señorío original de Dios que estaba por restablecerse no era una teoría ni un intento intelectual de explicar la realidad: era la historia de su pueblo, la experiencia vivida por sus padres. Este deseo y esta esperanza daba sentido al presente de sus vidas.

Cuando Jesús se presentó en las aldeas de Galilea proclamando que *el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca (Mc 1, 15)*, este anuncio tocaba en lo profundo el corazón de un pueblo que recordaba las promesas de Dios.

Lo sorprendente del mensaje de Jesús es, y era también entonces, la afirmación de que la esperanza de los patriarcas y de los profetas se estaba cumpliendo en su persona. Esto sucedía de un modo totalmente inesperado.

Jesús con sus palabras sencillas y a la vez llenas de autoridad ofrece el misterio del Reino a la mente y al corazón del hombre que lo quiera acoger. En parábolas y símbolos tomados de situaciones corrientes de la vida deja entrever su profundo misterio.



En estas parábolas, Jesús describe cómo el Reino está presente en medio del mundo, cómo actúa y cómo se entra en él. El Reino es como una semilla que crece por sí sola (cf. *Mc* 4, 26-29), pues no es obra humana, sino don del amor de Dios que actúa dentro de los creyentes. Es también como el trigo que crece junto a la cizaña (cf. *Mt* 13, 24-30) pues es presencia ya operante de la salvación de Dios en medio del pecado y el mal. Jesús, que predica el Reino, es como el sembrador (cf. *Mt* 13, 3-8) cuya cosecha, aunque la semilla es siempre buena, depende también de la acogida que le dan los hombres.

Tomando las parábolas de Jesús sobre el Reino ¿cómo lo describirías con tus propias palabras? ¿qué características tiene ese Reino? Si tuvieras que escribir una parábola para explicar a alguien el Reino ¿de qué trataría? ¿qué imágenes utilizarías?



Las parábolas, con su insospechada profundidad, arrojan luz para comprender el misterio del Reino. Pero nada habla con tanta claridad como la vida misma de Cristo.

Con sus milagros demuestra que el Amor es más fuerte que los poderes del mal que parecen ahogar los anhelos del corazón humano. En el nombre del Padre, Jesús perdona pecados, echa demonios, cura ciegos, sordos, paralíticos, leprosos, resucita muertos. Sus actos poderosos, sus gestos de compasión muestran a la gente que su anuncio no es vano. No se trata de hermosas palabras, sino de un mensaje confirmado por el poder de Dios, un poder que es sólo amor y que es capaz de reinar.



De la vida de Jesús (sus palabras, sus acciones, su forma de relacionarse con los demás...) ¿qué es lo que a ti te habla más del Reino que quiere regalarnos? ¿Hay algún pasaje del Evangelio en el que contemplando a Jesús, se te revele con especial fuerza, cómo es ese Reino?



Jesús manifiesta con su propia vida cómo es el Reino: vive pobre, libre y confiado como los pájaros del cielo y los lirios del campo (cf. *Mt* 6,25ss) y envía a los discípulos a predicar sin

dinero para mostrar que el Reino se instaure en pobreza bajo la Providencia de Dios. Se deja tocar por los enfermos, convive y come con pecadores e incluso declara que ellos llegarán primero al Reino: «Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán en el reino de Dios antes que vosotros» (Mt 21, 31), porque Él vino a *buscar y salvar lo que se había perdido* (Lc 19, 10). Llama a pecadores y gente sencilla a seguirle, pues sabe que el Padre ha ocultado estas cosas a sabios y entendidos, y se las ha revelado a los pequeños (cf. Mt 11, 25).

Cuando los discípulos y el pueblo ven todo esto, comienzan a creer que, efectivamente, el Reino de Dios está llegando, es más, está ya en medio de ellos, pues en Jesús el mismo Dios cumple todas sus antiguas promesas, de un modo más misterioso y bello del que habían esperado. Se desvelan con nueva fuerza elementos ya revelados en el Antiguo Testamento: que Dios no es sólo Rey, sino Padre y que en su Reino todos somos sus hijos y hemos de vivir como hermanos.

En su misión Jesús encuentra una gran aprobación, pero también una sorda resistencia por parte de algunos, precisamente porque el Reino que proclama y muestra entra en conflicto con algunas expectativas y creencias. Su presencia, aunque conecta con los deseos más auténticos de la persona humana, pone también en evidencia otros deseos que no son conformes a su Reino.

Con su pasión, muerte y resurrección, Jesús ya no habla en parábolas, sino que muestra claramente

que Él es el soberano y juez, y cómo ejerce su poder. Jesús sabe que la victoria definitiva del Reino de Dios sobre el príncipe de este mundo se realizará por la entrega de su vida, por su obediencia filial al Padre, mostrando con su vida cómo actúa el poder de Dios y qué significa ser hijo e imagen de Dios en medio de un mundo que ha perdido la gracia.

Para los discípulos, la muerte de Jesús en la cruz significa la cruel frustración de sus expectativas y el fin de su esperanza. Les queda sólo encerrarse por miedo o abandonar Jerusalén.

Será el primer día de la semana, cuando Jesús muestra a sus amigos la verdad de todo lo que había enseñado: que el Padre había cumplido todas sus promesas al no abandonarlo en la región de los muertos, ni dejarle ver la corrupción (cf. *Sal* 16).

La resurrección de Jesús es para los primeros cristianos el inicio de una nueva creación, el paso de sentirse súbditos culpables a ser para siempre hijos amados. La victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte significaba la instauración irrevocable y real del Reino de Dios. El deseo que ellos habían heredado de los padres, Jesús lo había saciado. No había defraudado su esperanza.

La vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús fueron vividas por los primeros cristianos como la llegada definitiva del Reino. Para Pedro, Juan, María Magdalena y todos los discípulos, la resurrección de Jesús no era algo que atañía únicamente al Señor. Afectaba a todos y lo cambiaba todo. En

Él, que antes de su Ascensión afirmó: *Yo estoy con vosotros todos los días (Mt 28,20)*, el cielo había llegado realmente a la tierra. Y con él, la tierra había sido introducida en el cielo. Quien vive en comunión con Jesucristo resucitado, ha muerto y resucitado con Él². Este Reino, el Reino de los cielos, era una realidad por la cual valía la pena entregar la propia vida corporal.

Todo el Nuevo Testamento resuena con este grito de júbilo, lleno de asombro, gratitud y profundo gozo: *«Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! (...) Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos» (1 Jn 3,1-2)*.

Jesucristo mismo es el Reino de Dios

Entonces, ¿qué es el Reino de Dios? La respuesta más concreta es «Jesucristo».

«El Reino se manifiesta en la persona misma de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre» (LG 5). Todo el Nuevo Testamento muestra la relación íntima entre el Reino y Jesús, una relación tan estrecha que el Reino de Dios puede llamarse también *Reino de Jesús* (cf. *Ef 5, 5; 2Pe 1, 11*).

Si Jesucristo fuera un personaje histórico más, esta identificación entre el Reino de Dios y su persona

2 Cf. *Rm 6,1-14; Rm 8; Ga 2,19ss; Col 2,19ss; Col 3,1ss*; entre otros

no tendría ningún sentido. El Reino de Dios hubiera sido sólo su proyecto, truncado por su crucifixión. Pero si Jesucristo ha traspasado el umbral de la muerte para entrar a la vida que no conoce ocaso, entonces el Reino de Dios es concreto, real, personal, accesible. *Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre Él (Rm 6,9)*. Por lo tanto, es cierto que Jesús es más fuerte que el mal, la muerte y la mentira y es capaz de responder a nuestros deseos de bien, vida y verdad.

Jesús mismo es el Reino de Dios, porque en él reina Dios. Toda su humanidad está bajo el influjo o señorío del amor y la vida divinas. En Él vemos que el reinado de Dios no oprime al hombre, no lo deshumaniza, sino que al contrario lo vivifica, libera, sana y da todo su valor individual: lo hace hijo amado. Nadie nunca ha sido más humano, más libre, más él mismo que Jesús de Nazaret.

En Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre (y, por tanto, parte de nuestro mundo visible), se ha restablecido la armonía plena entre Dios y su creación. Por él todo lo humano —reír y llorar, comer y pasar hambre, trabajar y descansar, soledad y compañía, vivir y morir, cuerpo, psique, alma, vida laboral, política, etc.— puede ser tocado y vivificado por Dios. En todo lo que es humano puede hacerse presente el Reino de Dios. Jesús ha rasgado el velo entre lo profano y lo sagrado, restableciendo la original armonía entre cielo y tierra.



¿Recuerdas algún momento en que has experimentado que Dios te ha liberado? ¿De qué te libera y cómo lo hace?



Jesús mismo es el Reino de Dios, porque con su vida terrena muestra qué sucede cuando dejamos a Dios reinar en nuestro mundo cuando este es todavía, por así decir, “no-Reino”: *los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados (Lc 7,22).*

Subrayar que Jesús mismo es el Reino de Dios significa celebrar que vivimos por alguien, no por algo. El Reino es una persona divina con corazón humano, que me conoce y me quiere, que *me amó y se entregó por mí (Ga 2,20)*, con la que puedo entrar en contacto, en diálogo, en colaboración.

Jesús mismo es el Reino y por eso la Iglesia, que es su cuerpo, es «germen y principio del Reino en esta tierra» (LG 5, *EFRC* 18).

El Reino de Dios, para quienes creemos en Jesús, es concreto, comprensible y relevante, sin dejar de ser un misterio que supera nuestra capacidad de comprensión y actúa más allá de nuestro trabajo. Este Reino nunca se podrá poseer y manipular como una cosa, pero podemos pertenecer a él y ser vivificados por él, ya que está dentro de nosotros y nos transforma.

Ya pero todavía no

El Reino ya ha llegado realmente, pero todavía no en plenitud. Por la resurrección y el envío del Espíritu, ha comenzado, pero no se ha realizado en su



totalidad. El Reino ya ha entrado en nuestra historia humana y está obrando en ella. El Reino está aquí, en medio de nosotros, pero será consumado en el más allá³.

El Reino actúa en la tierra. Esta es la noticia: que en lo terreno, que parece tan opaco, puede manifestarse la vida divina. Lo divino se manifiesta en lo humano y lo humano es capaz de acoger lo divino.

La gloria y el poder del Reino se revelan en la humildad de los pobres de espíritu y en la humillación de la cruz. Por eso los pequeños son grandes y los últimos serán los primeros.

No son juegos de palabras con los que nos consolamos ante el hecho de que aparentemente el mundo y los hombres parecen estar tan mal como en tiempos de Jesús. Estas paradojas expresan el carácter misterioso de la realidad que Jesús ha inaugurado. Nos hablan de estos «últimos tiempos»⁴ que transcurren entre Pentecostés y la vuelta gloriosa del Señor, en los que el Reino de Dios está presente, activo y en perpetuo crecimiento en

Nuestra vida ordinaria a veces nos parece demasiado humana para ser “de Dios”. Pero Cristo se encarnó para reinar en nuestro día a día. ¿Dónde, en tu vida cotidiana, experimentas el Reino de Dios y dónde está llamado a encarnarse con más profundidad?



3 PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 27: «La evangelización también debe contener siempre —como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo— una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios. No una salvación puramente immanente, a medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto Dios, salvación trascendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad».

4 Cf. *Hb* 1,2; *1 Pe* 1,20

medio de este mundo. Las parábolas y también los actos de Jesús en su vida terrena pretendían iluminar precisamente esta tensión entre la promesa ya cumplida y la esperanza de una consumación definitiva.

«La comunión con Dios en el tiempo anticipa la eternidad, haciendo presente en el aquí y ahora el Reino de los cielos. Por ello, conscientes de la fugacidad de la vida, aprovechamos el tiempo como un don recibido para adherirnos con amor al plan salvífico del Padre y así realizar en plenitud nuestra vocación» (EFRC 21).

II. El misterio del Reino en mí y a través de mí

Los miembros del Regnum Christi nos sabemos enviados a hacer presente el Reino de Dios en el propio corazón, el corazón de los hombres y en la sociedad:

«El testimonio, anuncio y crecimiento del Reino de Cristo constituye el ideal que nos inspira y dirige. Nuestro lema: “Cristo Rey nuestro, venga tu Reino” expresa este anhelo. Por ello: 1º buscamos revestirnos de Cristo en nuestro corazón y en nuestras obras, para que reine en nuestras vidas por medio de la progresiva configuración con Él; 2º nos dejamos penetrar por el amor de Cristo hacia la humanidad y buscamos que él reine en el corazón de todos los hombres y en la sociedad. » (EFRC 13)

Cuando el Señor ha comenzado a reinar en el propio corazón, es posible llevar a otros el don del Reino. Con ellos, con quienes también han abierto su corazón al poder del Amor, trabajamos para que la sociedad sea un lugar más digno de los hijos de Dios.

En esta segunda parte, el texto abre muchas ventanas sin desarrollar los contenidos con la amplitud que merecerían. Es una opción por esbozar la riqueza del Reino y su significado para nuestra vida, abriendo el apetito para profundizar, ampliar y desarrollar lo que aquí apenas se menciona.

El Reino en mi corazón

Nos podemos preguntar: ¿Qué significa dejar a Cristo establecer su Reino en mi corazón? ¿De qué modo se realiza en mí y cómo puedo acoger este don?

Dejarse encontrar y redimir

Lo primero es darnos cuenta de que nuestra condición de personas débiles, pobres y llenas de ambigüedades, lejos de ser un obstáculo, es ocasión para que Cristo comience a reinar en nosotros. Cada vez que nos reconocemos pecadores o nos topamos con nuestros muchos límites, tenemos ocasión de dejarnos mirar y llamar por quién ha venido a buscar a los pecadores y a celebrar con gozo el milagro de nuestra regeneración. El Señor no se cansa de hacer nuevas todas las cosas. Y cuanto más profundamente estamos convencidos de ser pecadores redimidos, cuánto más podemos decir de nosotros: «*Estaba muerto y he revivido; estaba perdido y he sido encontrado*» (Lc 15, 32), tanto más seremos capaces de testimoniar en qué consiste el Reino. Por eso «vivimos con sencillez nuestra condición de creaturas e hijos necesitados

de la misericordia y de la gracia con una confianza inquebrantable en su amor en todo momento» (EFRC 25).

Donde reina el amor, ahí reina Dios

Si queremos, desde ahora, escuchar en nuestro corazón la voz de quien dice: «*venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*» (Mt 25,34), el camino es la caridad. «La caridad entraña la donación universal y delicada al prójimo, la servicialidad ingeniosa y abnegada, el trato bondadoso y sencillo, la misericordia con la debilidad de las personas, el hablar bien de los demás, el perdón y la reconciliación» (EFRC 23, §2; ver también EFRC 17). Cuanto más consciente y deliberadamente elegimos el Amor de Dios como guía de cada momento, tanto más nuestro corazón estará bajo el dominio liberador de Aquel a quien ha sido *dado todo poder en el cielo y en la tierra* (Mt 28,18).

Acoger y custodiar el Reino en mi corazón

El Reino no se conquista con las propias fuerzas, sino que se acoge como un don. Haciendo la experiencia de este don, lo queremos cuidar, custodiar y proteger. Por eso, permitir que Jesús reine en nuestro corazón, implica también decir *no* a todas las fuerzas que se oponen al amor, y en este sentido «asumir como parte del seguimiento de Cristo el combate espiritual, la lucha perseverante y confiada en el Señor ante la realidad del mal y del

pecado en la propia vida y en la sociedad, movidos por la fuerza del amor hasta el extremo» (EFRC 10, §1). El sentido de una sana ascesis no es conquistar, sino custodiar el don del Reino. Primero viene el descubrimiento y la acogida, luego la custodia.

“Toda mi persona”: llamada a “ser Reino”⁵

Cada vida humana está llamada a ser también Reino de Dios. El Hijo del Padre elige vivir su vida en cada uno de nosotros: pensar en mí, amar en mí, orar en mí, vencer el mal y la muerte en mí y a través de mí.

Todas nuestras facultades humanas (cuerpo, psique y espíritu, inteligencia, voluntad, libre albedrío, afectos, memoria, imaginación, sentidos corporales) existen para entrar en comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y entre nosotros, como familia de Dios. Hemos sido creados para llegar a ser conformes al Hijo de Dios⁶.

Este plan divino original, que el pecado del hombre había saboteado, ha sido restablecido y superado por la vida, muerte y resurrección de Jesús. Jesús resucitado es el prototipo de la nueva creación, pues en él un ser humano ha entrado definitivamente en la vida divina, sin dejar de ser hombre. «*Por tanto, si alguno está en Cristo, es una criatura nueva. Lo*

5 «Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora» FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* 8

6 *Rm* 8,29; *1Co* 15,49; *2Co* 3,18; *Fil* 3,21; *Ef* 4,13; *1 Jn* 3,2 entre otros.

viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo» (2Co 5,17).

Por la fe y el bautismo hemos sido «integrados en la vida de Cristo resucitado» (EFRC 22) y podemos decir con San Pablo: «*ya no soy quién vivo, es Cristo quién vive en mí» (Ga 2,20)*. Por la acción del Espíritu Santo, que el Señor ha derramado en nuestros corazones, podemos tener en nosotros los sentimientos, los pensamientos, las actitudes, los afectos de Jesús. Ese proceso de «progresiva configuración con Él» (EFRC 13, cf. 30) es el sentido de la vida cristiana y culminará con nuestro ingreso definitivo a la vida divina. Pero no estamos hablando de algo que nos espera detrás del telón de la muerte: ha comenzado ya, porque su vida de Resucitado ya está en nosotros. Por eso, desde ahora «*somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo» (Flp 3,20)*.

Encontrarnos con Cristo⁷

Para que esta doctrina pase de la teoría a la realidad, para que fecunde nuestra vida y tenga efecto, es indispensable entrar de verdad en relación con Jesucristo: «encontrarnos con él en el evangelio, en la Eucaristía, en la cruz y en el prójimo» (EFRC 12). Esto implica aprender a ser «contemplativos, descubriendo la presencia y el amor de Cristo en

⁷ Para profundizar en este aspecto, puede ayudar la lectura de *Evangelii Gaudium* 264-267: «El encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva».

nuestro corazón, en el prójimo y en el mundo» (cf. *EFRC* 20, §1).

En el evangelio podemos contemplar y tocar al Jesús vivo, pues Él es el mismo *ayer, hoy y siempre* (*Hb* 13,8). Todo lo que vivió en la tierra, mostrándose amigo del hombre y vencedor del mal, lo llevó consigo al Padre y por eso no pertenece al pasado. Cuando, por ejemplo, vemos a Jesús tocar a un leproso o lavar los pies a Pedro, o cuando escuchamos sus enseñanzas, estamos viendo y escuchando al mismo Resucitado que quiere hacer lo mismo en nuestro favor y a través de nosotros⁸.

Ser contemplativo no significa apartarnos del mundo; significa más bien permitir al Señor vivir en nosotros y a nuestro lado «en medio de las realidades temporales, aspirando a hacer presente el Reino de Dios en este mundo» (*RFAFRC* 4). Esto se concreta en usar nuestras facultades como tuyas: mirar con Él, gustar con Él, usar de las cosas y tratar a las personas con su Corazón⁹. En el Evangelio vemos como Jesús veía y trataba todo lo creado como sacramento, es decir signo e instrumento de la infinita belleza y generosidad de

8 En el ensayo *Vivir y hacer presente el misterio de Cristo* se desentraña más la doctrina sobre la presencia real de Jesús en nuestra vida y de nuestra posibilidad de entrar en contacto con su Vida.

9 «Te ruego que pienses [...] que Jesucristo, Nuestro Señor, es tu verdadera Cabeza, y que tú eres uno de sus miembros [...]. Él es con relación a ti lo que la cabeza es con relación a sus miembros; todo lo que es suyo es tuyo, su espíritu, su corazón, su cuerpo, su alma y todas sus facultades, y debes usar de ellos como de cosas que son tuyas, para servir, alabar, amar y glorificar a Dios. Tú eres de Él como los miembros lo son de su cabeza. Así desea Él ardientemente usar de todo lo que hay en ti, para el servicio y la gloria de su Padre, como de cosas que son de Él» SAN JUAN EUDES, *Le Coeur admirable de la Très Sacrée Mère de Dieu*, 1, 5: Oeuvres complètes, v.6 en *CIC* 1698.

Dios y de su amor por el hombre. Por eso Jesús «vivió siempre consciente de haberlo recibido todo de manos del Padre» (EFRC 25). Si nos abrimos a Él con sinceridad y determinación, Él se encarga de irnos enseñando a vivir así y haremos la experiencia de que *el Reino de Dios [...] [es] justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo (Rm 14, 17)*.

Si dejamos entrar el Reino en nuestra vida, no seremos trasportados a un mundo idílico, sino impulsados a recorrer los caminos de Jesús que llevan a la Pascua. Al discípulo no le irá mejor que al maestro (cf. *Mt 10,16-42*). Pero, dado que Él vive y reina, podemos estar seguros de que así germinará en nuestro corazón la experiencia personal del amor de Cristo y esta pasión nos moverá a asumir el estilo de vida descrito en el n.10 de los *Estatutos de la Federación*:

«La experiencia personal del amor de Cristo genera en nuestro corazón la urgencia interior de entregarnos apasionadamente a hacer presente su Reino: «*Caritas Christi urget nos*» (2Co 5,14). Esta pasión nos mueve a asumir un estilo de vida que se caracteriza por:

1º asumir como parte del seguimiento de Cristo el combate espiritual, la lucha perseverante y confiada en el Señor ante la realidad del mal y del pecado en la propia vida y en la sociedad, movidos por la fuerza del amor hasta el extremo;
2º emprender con corazón magnánimo, entusiasmo y creatividad aquellas acciones que hagan presente el Reino con mayor profundidad y extensión;

3° salir al encuentro de las necesidades más apremiantes del mundo y de la Iglesia;
4° afrontar con fortaleza y arrojo los desafíos en la vida personal y en el apostolado;
5° aprovechar con audacia cristiana las oportunidades que se presentan en la propia vida para anunciar el amor de Cristo;
6° cumplir las responsabilidades asumidas, buscando dar lo mejor de sí mismos tanto en la formación como en el trabajo» (EFRC 10).

Ayudar a otros a descubrir el don del Reino

En su vida terrena Jesús, el «Apóstol del Padre» (EFRC 9), sale al encuentro de las personas, les revela el amor de su corazón, los reúne, los forma como apóstoles y envía (cf. EFRC 8), «urgido por el deseo de encender el fuego del amor del padre en los corazones» (EFRC 20) y de hacerlos entrar al Reino de los Cielos. Jesucristo hoy quiere continuar su obra a través de nosotros.

Prestarle a Cristo nuestra humanidad

¿Cómo ayudar a otros para que Cristo reine en su corazón? Hemos de reconocer que en realidad es algo que no podemos hacer. El Reino se extiende cuando alguien, bajo el impulso de la gracia, abre la puerta de su corazón al Salvador. Es una respuesta personal, que no se puede suplir.

Lo que sí podemos hacer es prestarle a Cristo nuestra humanidad, para que, a través de nosotros,

Él manifieste el Reino de Dios y así Él actúe insinuándose al corazón de las personas con quienes entramos en contacto. Es decir, el Reino se extiende por atracción¹⁰.

Gratuidad

Una característica del modo en que vemos a Jesús relacionarse con las personas es la gratuidad. Esta es una característica propiamente divina. El amor de Dios es siempre gratuito: crea el mundo, sin tener que hacerlo; redime al hombre, sin tener que hacerlo; invita a participar de su comunión, sin tener que hacerlo. Dios no actúa nunca por necesidad, ni por deber: Él es la suprema libertad. En Jesús esto se manifiesta a cada paso: al dejarse bautizar sin ser pecador, en las bodas de Caná al regalar el vino mejor sin medida, al tocar al leproso, cuando hubiera podido sanarlo a distancia, al instituir la eucaristía; al *dar el Espíritu sin medida* (Jn 3,34). La gratuidad es el signo de la acción del Espíritu Santo. Su impulso inspira gestos gratuitos que tocan los corazones, aun sin darnos cuenta: una pregunta sincera, una sonrisa, un regalo, un silencio, un gesto de perdón, etc.

Salir al encuentro persona a persona

Otro aspecto del modo de obrar de Jesús es el actuar *persona a persona* (EFRC 34). Jesús «sale al encuentro de las personas en las realidades



¿Recuerdas gestos gratuitos de amor que han tocado tu corazón? ¿En qué circunstancias o a través de quiénes los has experimentado? ¿Qué producen en ti?



¿He tenido alguna experiencia en la que Jesús ha querido salir al encuentro de otra persona a través de mi, y esto ha sido la puerta que se abre a que reine en ella?



10 «La Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción» (Evangelii Gaudium 14).

concretas de su vida» (RFAFRC 9,3°). Acercarnos a todas las personas con amor desinteresado, ahí donde están en este momento, y acogerlos con bondad es uno de los actos más poderosos que podemos hacer por el Reino. Requiere la misma libertad y generosidad de Jesús que sabía dar el primer paso, por más que estuviera cansado del camino (cf. *Jn* 4,6) o intuía que iba a ser rechazado (cf. *Mt* 21, 37).

Acompañar

La experiencia de los discípulos de Emaús nos da otra pista sobre cómo tocar los corazones de los demás para que se abran al Reino: Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos (*Lc* 24,15). A través de nosotros quiere hoy acompañar a muchos por medio de la «atención personal cercana, estable y marcada por la gratuidad» (EFRC 35). Acompañar para sostener a otros en el propio camino pascual y para «inspirar, guiar y formar» (EFRC 33) a quienes a su vez están llamados a ser testigos de la Resurrección.

Reunir¹¹

Vemos que Jesús, desde el inicio de su vida pública, reúne a las personas. Él congrega a los hijos dispersos de Israel¹² como signo de que el

11 Para profundizar en este aspecto, puede ayudar la lectura de *Evangelii Gaudium* 87-92: «Sí a las relaciones que genera Jesucristo».

12 *Is* 56,8; *Ez* 37,21 ss.; *Jn* 11,52.

Reino de Dios ha llegado. La Iglesia es «germen e inicio del Reino en esta tierra» (cf. *LG 5, EFRC 16*) porque es la familia de Dios reunida alrededor del Hijo¹³.

Ofrecer el don del Reino a quién todavía no lo ha descubierto implica invitarlo a una comunidad de discípulos de Jesucristo. No basta la doctrina, ni la acción *persona a persona*, es necesaria la comunidad concreta. Experiencias comunitarias sencillas, no sólo las litúrgicas, animadas por el Evangelio, tienen un gran poder evangelizador. Una comida compartida entre amigos, una actividad de descanso, un encuentro de oración, una iniciativa comunitaria en bien de los que sufren, son momentos donde se experimenta la belleza de la fraternidad cristiana y donde también se hace presente el Reino.

En la vida de equipo, así como en la comunidad, tenemos en el *Regnum Christi* un lugar privilegiado donde el Señor invita a cada uno a salir al encuentro y dejarse encontrar, de formar y dejarse formar, de acompañar y dejarse acompañar, de enviar y dejarse enviar. Así el equipo puede ser realmente «un conjunto de miembros unidos en fraternidad cristiana para ayudarse mutuamente en su camino de santificación y en su trabajo apostólico, a ejemplo de las primeras comunidades cristianas» (*RFAFRC 14 §2*).

13 *CIC 541-542*.

¿Estamos de verdad haciendo presente el Reino?

Toda actividad apostólica de un miembro del Regnum Christi ha de favorecer que los participantes descubran el don del Reino y crezcan en su capacidad de ser ellos mismos apóstoles. Es un elemento carismático, y por tanto conviene preguntarse si de hecho está sucediendo. No basta transmitir contenidos, aunque sean catequéticos. No basta enseñar habilidades, aunque sean para la evangelización. No basta ofrecer ayuda material, aunque sea en nombre de la Iglesia. Y mucho menos nos podemos conformar con ser proveedores de servicios profesionales o ser exitosos en entretener a las personas. Todo ello sirve en la medida en que hace presente el Reino manifestado por el Jesús del evangelio¹⁴.

Conscientes de que el Reino de Cristo es un don y no se puede construir con las solas fuerzas humanas, buscamos permanecer siempre en comunión con Cristo y con su Iglesia, como el sarmiento en la vid (cf. *Jn* 15, 5). Como seguidores y colaboradores de Cristo Apóstol sabemos que la oración, la participación de su cruz, la gratitud en el servicio de los demás, la confianza en la acción de su gracia y el testimonio de una vida auténticamente cristiana deben preceder y acompañar toda nuestra acción apostólica (*EFRC* 9).

14 *Pablo VI, Evangelii nuntiandi* 75: «Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin Él. Sin Él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin Él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor».

Hacer presente el Reino en la sociedad

En el Regnum Christi tenemos viva conciencia de que el Señor quiere «hacer presente su Reino para que renueve la sociedad» (EFRC 32). Siempre que el Estatuto de la Federación habla de nuestra identidad y misión, menciona que el Reino de Cristo debe llegar no sólo a los corazones, sino manifestarse también en la sociedad (cf. EFRC 7,8, 10 1º, 13, 14), pues debe «transformar evangélicamente las realidades humanas» (EFRC 5; RFAFRC 1 y 9).

Posibles equívocos

La pretensión de la Iglesia de hacer presente el Reino de Dios en la sociedad está expuesta a muchos equívocos. No es evidentemente un ideal político, como si se tratara de lograr una sociedad confesional, sin distinción entre el orden temporal y el espiritual. Tampoco significa soñar con un mundo utópico en el que se realizan en el tiempo las visiones proféticas de paz y armonía universales. Esta nueva tierra ciertamente es objeto de nuestra esperanza, pero no será el fruto de nuestro compromiso apostólico.

El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20, 7-10) que hará descender desde el cielo a su Esposa (cf. Ap 21, 2-4).¹⁵



*¿Qué entiendo yo por
"hacer presente el
Reino en la sociedad?"*



¹⁵ CIC 677.

¿Qué tienen que ver el crecimiento del Reino de Dios y el progreso del hombre? Son dos cosas distintas, pero que no podemos separar. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime, sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y a la paz¹⁶. Y es precisamente la convicción de que Dios ha vencido sobre el mal en Jesucristo, la que da a los seguidores del Señor la fuerza y el deseo de *hacer presente su Reino en la sociedad y de transformar las realidades temporales según el evangelio*.

Un hogar digno de los hijos de Dios

Los miembros laicos del Regnum Christi aspiran «a hacer presente el Reino de Dios en este mundo para que sea un hogar digno de los hijos de Dios en el que todo contribuya a darle gloria» (RFAFRC 4). Es una hermosa formulación del *programa social* del Señor, que hacemos nuestro.

Jesús hizo presente el Reino de Dios en la sociedad de su tiempo. No transformó directamente las estructuras religiosas, sociales y políticas, ni fue ese su intento. No convenció a todos acerca de sus errores, ni quiso hacerlo. Pero su modo de ser y actuar era una luz que brillaba en las tinieblas y tocó los corazones de tal modo que, lentamente

16 CIC 2820.

los cristianos, como levadura en la masa, fueron transformando la sociedad¹⁷.

Cuando hacía falta y se daba la ocasión, denunciaba los abusos de las autoridades religiosas y civiles. Pero sobre todo vivía para hacer ver que el Reino de Dios está en medio de este mundo, por más que parezca Reino de las Tinieblas y desentrañar con obras, gestos y palabras cómo se ve y se siente el poder de Dios. Lo hizo viviendo y manifestando el Amor del Padre en toda situación: curaba a los enfermos, acogía a los excluidos, hizo de sus discípulos una comunidad de hermanos abierta a todos y los formó para que continuaran su misión. Es así, como queremos colaborar para hacer del mundo un hogar más digno de los hijos de Dios.

Comprometerse por un mundo mejor

Hay una amplia reflexión del magisterio sobre el compromiso social de los cristianos y de la Iglesia como una parte irrenunciable de nuestra vocación y misión en medio del mundo¹⁸. No seríamos



En el entorno en qué me muevo, mi vida profesional, familiar, social, ¿qué signos de la presencia y acción de Dios descubro? ¿dónde podría contribuir a que el mundo sea un hogar más digno de los hijos de Dios?



17 PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi* 18: «Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: «He aquí que hago nuevas todas las cosas». Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos».

18 Cf. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, capítulo IV: «La dimensión social de la evangelización».

discípulos del Jesús verdadero si no buscáramos trabajar personal y comunitariamente, según los propios talentos, circunstancias y vocación personal, por la asistencia a los más desfavorecidos, por una sociedad justa, por la presencia del Evangelio en los ámbitos culturales, por legislaciones civiles que respeten la dignidad de cada hombre, etc. En todo esto haremos presente el Reino si este esfuerzo es evangélico en la intención y en los modos.

Testimoniar que todo lo humano puede transparentar el Reino

Hay un camino primordial, anterior a toda iniciativa concreta, para hacer presente el Reino en la sociedad: vivir en medio del mundo como en un lugar capaz de transparentar el Reino. A pesar del pecado y del cúmulo de sufrimiento, los miembros del Regnum Christi somos conscientes que ninguna circunstancia humana queda excluida del Reino, puesto que la creación de Dios es esencialmente buena. Cualquier evento humano, vivido con la gratitud de un hijo de Dios, es ocasión para experimentar y hacer a otros atisbar *la vida en abundancia*: un evento deportivo, un concierto, una fiesta familiar o de amigos. Saber disfrutar la belleza natural de la creación y de las obras buenas del hombre es un modo muy sencillo, pero poderoso y profundamente evangélico de testimoniar que el Señor ha hecho nuevas todas las cosas. Es de gran ayuda contemplar a Jesús en medio de las más variadas circunstancias humanas: una boda, un banquete, la pesca.

Luz que brilla en las tinieblas

Ahora bien, Jesús nunca esquivó el sufrimiento ajeno. Al contrario, quiso ser luz que brilla en las tinieblas y nos ha mostrado que el Amor poderoso del Padre se manifiesta justamente ahí donde no parece reinar. En la enfermedad, en el luto y muy especialmente ahí donde abunda el pecado, es dónde más quiere hacer presente el Reino de Dios. La luz del Reino ha brillado en oscuridades tan densas como en Auschwitz y puede manifestarse en las circunstancias más contrarias al Reino. El único lugar capaz de cerrarse a cal y canto al Reino es el corazón del hombre; la única puerta que el Espíritu nunca va a forzar es la libertad del hombre.

El Señor nos invita personal- y comunitariamente a acompañarle cuando se acerca a situaciones concretas para hacer presente su Reino ahí y así contribuir a que el mundo se un hogar más digno para los hijos de Dios: un conflicto familiar, un vecino enfermo o abandonado, una herida social que se puede contribuir a sanar.

Formar apóstoles

Toda la Iglesia está llamada a hacer presente el Reino de Dios siguiendo las huellas de Cristo. En el Regnum Christi nos sabemos enviados a participar de esta misión común a toda la Iglesia, «haciendo presente el misterio de Cristo que sale al encuentro de las personas, les revela el amor de su corazón, las reúne y forma como apóstoles, líderes cristianos, las envía y acompaña para que



**En mi localidad,
sección u obras,
¿qué hacemos
actualmente en
la formación de
apóstoles?**



colaboren en la evangelización de los hombres y de la sociedad» (EFRC 8).

Jesús se entrega a todos y también dedica una parte significativa de su tiempo a formar especialmente a algunos, introduciéndolos en su misterio y haciéndolos partícipes de su misión. En nuestra actividad apostólica como miembros del Regnum Christi esta faceta del misterio de Jesús que forma apóstoles no puede faltar.

Cualquier acción apostólica que quiera ser «profunda, duradera y dinámica requiere contar con personas preparadas para formar, guiar e inspirar a otros» y por eso el Regnum Christi promueve la formación de formadores (EFRC 36). Este principio se hace aún más importante, al buscar que el Reino transforme tanto los corazones, como la sociedad.

La convicción de que el Señor que ha enviado a sus discípulos a todas las naciones y quiere llegar a todos los hombres, es lo que motiva nuestro compromiso de suscitar liderazgo cristiano y evangelizar al liderazgo existente (EFRC 33), lanzar apostolados de alcance (EFRC 37), adaptarnos a tiempos y lugares (EFRC 39) y buscar realizar un apostolado de modo organizado y eficaz (EFRC 39), como también la idea de las redes (EFRC 49).

Estos principios metodológicos responden justamente a la pasión por hacer presente el Reino de Cristo con la misma dedicación e inteligencia como lo hizo él y lo hicieron sus primeros discípulos.

Conclusión

Los miembros del Regnum Christi compartimos una oración de ofrecimiento:

Señor Jesús,

Te entrego mis manos para hacer tu trabajo.

Te entrego mis pies para seguir tu camino.

Te entrego mis ojos para ver como Tú ves.

Te entrego mi lengua para hablar tus palabras.

Te entrego mi mente para que Tú pienses en mí.

Te entrego mi espíritu para que Tú ores en mí.

Sobre todo te entrego mi corazón para que en mi ames a tu Padre y a todos los hombres.

Te entrego todo mi ser para que crezcas Tú en mí, para que seas Tú, Cristo, quien viva, trabaje y ore en mí.

Es una oración con una única petición: que cada uno de nosotros tenga la mirada, las acciones, los pensamientos, los deseos y el Corazón del Señor. Esa es la vida del apóstol del Reino: nuestra realidad cristificada, nosotros mismos como símbolo en el mundo, en nuestro ambiente, en toda nuestra vida, en todos sus aspectos: hacemos presente el Reino.

Pedirle al Señor cada mañana que nos transforme es decirle, todos juntos: ¡Venga tu Reino!: El Reino que es Cristo mismo, y que es cada uno de nosotros cuando vive en Él, con Él y por Él, continuando su obra de salvar a los hombres.

Este Reino invisible se hace visible todos los días: le entrego mis pies para seguir un camino, y ese camino es Jesús mismo (*Jn 14, 6*). La oración nos habitúa a ver lo invisible, es decir las oscuridades como posibilidad de Reino, la mano de Dios que trabaja en el mundo que nos rodea, nuestras circunstancias bajo su Providencia.

El Reino es la Palabra hecha carne, y esa Palabra queremos pronunciarla con la lengua, pero más aún con la vida.

El Reino puede venir a lo más profundo de cada persona: su mente y su espíritu, su vida interior, un espacio para ser habitado por Cristo, el Reino en persona.

El corazón es el lugar de la presencia, el culmen del hombre transfigurado. Es en el corazón de cada hombre, en nuestro propio corazón donde encontramos la puerta al Reino. Cristo Rey nuestro, es así el centro de nuestros deseos, el objeto de nuestro amor, la verdad que nos identifica. Como enviado del Padre, comparte con nosotros su misión y su más grande amor: el Padre. El Reino sólo viene del Padre por el Espíritu Santo en Cristo.

Nuestro ofrecimiento termina con un envío. El amor que hemos experimentado, la vida de Cristo en nosotros está llamada a convertirse en vida donada a todos los hombres.

Recursos complementarios

Como una ayuda para acercarse de modo experiencial al misterio del Reino y descubrirlo en la propia vida, se ofrecen algunos ejercicios y talleres.



I. Pistas para la reflexión y oración personal sobre el Reino

A continuación, se proponen algunos ejercicios que pueden ayudar a meditar sobre el misterio del Reino en un tiempo de oración personal.

1

Cuando los miembros del Regnum Christi decimos ¡Venga tu Reino!, lo decimos con un ardor especial. Vibramos al pensar que Cristo puede reinar en cada corazón, en cada lugar, en el mundo entero. El Reino ya está presente en muchos lugares.

Descubrir el misterio del Reino presente en mi propia vida

- ☑ En tu propia vida, ¿encuentras algún lugar, alguna persona o alguna situación concreta donde descubres presente el Reino con más claridad?
- ☑ ¿Cuáles son los signos, o manifestaciones que te ayudan a reconocerlo? ¿Hay algunos con los que resuenas más? ¿Cuáles son los signos del Reino en tu propia vida?

2

Hay lugares o situaciones en los que quisiéramos que el Reino se hiciera más presente. Estos lugares y situaciones despiertan en nosotros un anhelo, un deseo profundo de que Cristo reine.

El anhelo del Reino

- ☑ ¿Descubres algún lugar, persona, o situación en tu vida que te causa dolor o tristeza? ¿Cuál es la razón? ¿Hay algún

espacio en tu vida o en la vida de los demás donde sientas que Dios no está presente?

- ☑ Haz una lista de estos lugares, situaciones o personas, que quieres poner delante de Dios. Lee uno por uno y pídele al Señor que ahí ¡Venga su Reino!
- ☑ A pesar de parecer ausente, ¿puedes encontrar el Reino en medio de estas circunstancias? ¿Cómo está Dios presente en ellas? ¿Cómo podría estar más presente?

3

El Reino
en las
parábolas

Jesús al hablar del Reino, busca que cada uno de nosotros nos sintamos interpelados de una forma personal y única. Las parábolas adquieren un significado y una importancia particular para cada persona que las escucha. En su sencillez, son capaces de traer a la vida ordinaria la lógica del Reino.

En el capítulo 13 del evangelio según san Mateo, Jesús describe el Reino con siete parábolas distintas (el sembrador, el trigo y la cizaña, la semilla de mostaza, la levadura, el tesoro escondido, la perla, la red). Cada una revela el Reino de un modo diverso.

- ☑ Tras invocar al Espíritu Santo, lee con calma el capítulo 13.
- ☑ Elige una de las parábolas, la que más “hable” a tu vida en este momento.
- ☑ ¿Encuentras algún símbolo o imagen que te llame la atención en la parábola que elegiste?

- ☑ ¿Cómo toca esa parábola tu vida aquí y ahora? ¿cómo te invita a entrar en el Reino y ofrecerlo a otros?

4

El Mesías
que espero

Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: “Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy” (Lc 4, 16-21).

Muchos israelitas esperaban que el Mesías fuera un rey potente que liberaría al pueblo de la opresión, otros que él solucionaría todos sus problemas materiales. Algunos esperaban la salvación que Dios tenía pensado.

- ☑ ¿Estoy esperando un Mesías?
- ☑ ¿Qué tipo de Mesías estoy esperando?
- ☑ ¿Qué Mesías he conocido ya en mi experiencia personal?
- ☑ Lee con calma las bienaventuranzas y presta atención a las resonancias en tu corazón

5

Los
encuentros
con el
Reino

Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quedo yo en tu casa». Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador». Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo». Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa...» (Lc 19, 5-9).

- ☑ ¿Con cuál encuentro salvífico (entrada del Reino en una persona) del Evangelio me identifico más? ¿y por qué? (por ejemplo, la mujer pecadora, el llamado de Pedro, la Samaritana, el ciego Bartimeo, la expulsión de demonios, etc.).
- ☑ ¿Cómo ha afectado mi vida la llegada del Reino? ¿De qué me ha salvado Cristo y qué ha cambiado mi vida desde que me encontré con el amor personal de Dios?



II. Descubrir el Reino en comunidad

Cuando estamos en comunidad o en equipo en nombre de Cristo, él está en medio de nosotros. El ejercicio de escuchar lo que Dios dice al corazón del otro, es ocasión para que el Espíritu Santo me hable a mí y me revele un poco más el misterio del Reino.

A continuación, ofrecemos dos talleres que se pueden realizar en equipo.

Para este taller ayuda tener a mano *Post-its* y plumas para los participantes.

- ✓ Para comenzar, rezamos juntos la oración de ofrecimiento.
- ✓ Guardamos un momento de silencio para que cada uno piense en circunstancias o lugares a donde desea que Venga el Reino de Dios. Se puede poner una música o dejar el clima de silencio.
- ✓ Cada uno escribe en los *Post-its* estas situaciones, circunstancias o lugares. Uno por *Post-it*.
- ✓ Se van pegando en una pared cercana.
- ✓ Manteniendo el clima de silencio, se puede ir leyendo lo que otros han ido pegando.

Hemos expresado nuestros deseos del Reino. Se refleja el anhelo que todos tenemos de que Dios se manifieste. Se puede tener un momento de intercambio:

1

¡Venga tu Reino! a nuestra realidad

- ✓ ¿Lo que hemos leído qué nos dice sobre la situación actual?
- ✓ ¿Qué me provoca? ¿Qué deseo tengo ahora en el corazón?
- ✓ ¿Qué nos dice a nosotros como equipo? ¿Queremos elegir alguna situación sobre la que podemos actuar juntos para hacer presente el Reino?

Concluimos con una oración espontánea.

2

El Reino que viene a través del otro

Este taller presupone que los participantes se conozcan bien, tengan cierta amistad y hayan compartido experiencias relevantes.

- ✓ Se asigna a cada uno el nombre de otra persona del equipo.
- ✓ Dejando un tiempo para la reflexión, cada uno piensa cómo el Reino ha venido a través de esa persona en su propia vida, en sus acciones, en su historia.
- ✓ Cada quién comparte al otro, en un intercambio uno a uno, cómo el Reino le ha salido al encuentro a través de él.
- ✓ Se tiene una ronda donde se comparten entre todas las resonancias del ejercicio.

